

LA IDENTIDAD ESTIGMATIZADA

Paulina Vidal Pollarolo *

Este artículo está referido al tema de la identidad de la mujer que ejerce la prostitución. Se basa en la investigación “Las miradas que duelen”, realizada en 1994 en el marco del Programa de Prevención del Sida del Instituto de la Mujer en convenio con la Comisión Nacional del Sida del Ministerio de Salud. La metodología utilizada fue de carácter cualitativo, y se efectuaron entrevistas en profundidad a una muestra intencional de 18 mujeres que participaban en el Programa de prevención de Sida. En las entrevistas se indagó en la historia de vida de las mujeres desde su ingreso a la prostitución, explorando en las vivencias relacionadas con el manejo del estigma de ser prostituta y en la auto-imagen que ellas poseen.

La identidad de una mujer que ejerce la prostitución se construye en torno al estigma, al rótulo de ser diferente, de ser indigna de aceptación social.

Edwing Goffman asemeja la identidad deteriorada a la identidad estigmatizada, señalando que con estos conceptos se quiere dar cuenta de la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social (1963). Utiliza el término “estigma” para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador en las interacciones sociales. Para este autor, lo fundamental es la connotación social que tiene ese atributo, no el atributo en sí, ya que puede desacreditar o no a un individuo según la connotación que tenga en el contexto social en que él se encuentre. Por ejemplo, la epilepsia que suele ser considerado como un estigma en nuestra sociedades, en otras comunidades ha sido considerado como un signo de posesión de facultades especiales o chamánicas.

Este autor menciona tres tipos de estigmas; uno en que el individuo es desacreditado en todas las interacciones sociales: es el caso de las deformidades físicas. Otro en que el individuo también es descalificado por el hecho de pertenecer a un grupo étnico discriminado, en una determinada sociedad. Existe un tercer tipo de estigma que corresponde a ciertos comportamientos que son sancionados socialmente, como por ejemplo el ejercicio de la prostitución. En este caso, se trata de un estigma desacreditable ya que no está presente en todas las interacciones sociales, sino sólo en aquellas en que la mujer ejerce la prostitución. Considerando este tercer tipo de estigma, se

exploró en el significado que las mujeres le atribuyen a la palabra “prostituta” y a la imagen social de una mujer que ejerce esa actividad.

Se indagó en los factores psicosociales para la adquisición de una identidad estigmatizada, intentando responder a la pregunta cómo y por qué ingresaron a la prostitución y cuáles son las ventajas y desventajas que ellas le atribuyen a dicha actividad; el por qué permanecen en ella, y que expectativas de futuro tienen.

La imagen social de una mujer que ejerce la prostitución en Chile

Podemos preguntarnos si existe una sola imagen de la prostituta o su oficio se incluye en un término mucho más amplio, el de “puta”, el cual se utiliza para despreciar a cualquier transgresora en el ámbito de la sexualidad. Marcela Lagarde ha analizado este tema. “Ideológicamente se identifica “puta” con “prostituta”, pero “putas” son además, las amantes, las queridas, las edecanes, las modelos, las artistas, las vedettes, las exóticas, las encueratrices, las misses, las madres solas o madres solteras, las fracasadas, las que metieron la pata, se fueron con el novio, y se salieron con su domingo siete, las malcasadas, las divorciadas, las mujeres seductoras, las que andan con casados, las que son segundo frente, detalle, o movida, las robamaridos, las que se acuestan con cualquiera, las ligeras de cascos, las mundanas, las coquetas, las relajientas, las pintadas, las rogonas, las ligadoras, las fáciles, las ofrecidas, las insinuanes, las calientes, las cogelonas, las insaciables, las ninfomaníacas, las histéricas, las mujeres solas, las locas, la chingada y la puta madre, y desde luego, todas las mujeres son putas por el hecho de evidenciar deseo erótico, cuando menos en alguna época o en circunstancias específicas de sus vidas.” (Lagarde 1990: 543).

Algunas trabajadoras chilenas reflexionan sobre las representaciones sociales sobre la prostitutas en la sociedad chilena: “La gente piensa que la mujer del ambiente es mala (...); la prueba está que sino tuvieran esa imagen yo diría abiertamente lo que hago” **A.M. (calle)**. “Es fuerte el rechazo (...); la prostitución está penada por la sociedad” **M. (calle)**. Sin embargo, al no existir una clara delimitación de quiénes son prostitutas, debido a que se confunde este término con el de “puta”, -palabra que se utiliza fuera de los márgenes del comercio sexual-, cuando se les preguntó quiénes son estas mujeres, se pudo observar una imagen difusa: “Todas las mujeres que nos vendemos por algo somos prostitutas. También la señora que por comodidades está con su marido y lo engaña (...); pero a mi no me gusta la palabra prostituta, es ofensiva” **A.M. (calle)**. “Yo

no me siento prostituta porque lo hago por dinero; es mi trabajo, si lo hiciera gratis, me sentiría más basureada” **M. (“casa”)**. “Para mi, prostituta es la mujer que anda con uno y con otro (...), yo no me siento prostituta (...), para mi es un trabajo como cualquiera” **V. (topless)**. “Putas es la mujer que destruye un matrimonio(...); yo me vendo (...), pero yo me hago pagar bien (...). La palabra prostituta es más pa’ las niñas que trabajan en la calle, porque uno lo hace ocasionalmente” **P. (topless)**

Se observaron diferencias, entre distintos grupos de mujeres, de acuerdo al lugar donde se practica esta actividad. Para las bailarinas de locales topless, “prostitutas” son las callejeras, y para estas últimas “todas las mujeres del ambiente son prostitutas”. Sin embargo, todas ellas piensan que es falso asociar mujer prostituta a mujer mala, aunque reconocen que es un grupo heterogéneo: “La mujer del ambiente es muy sufrida (...); no es como la ve la gente(...), hay buenas y malas” **P. (topless)**. “La palabra prostituta es muy fuerte, pero yo veo mujeres esmeradas por sus hijos, algunas si trabajan para el vicio, pero yo creo que el 98 % trabaja para sus hijos” **G.(calle)**

A pesar de lo funcional que puede ser esta imagen difusa, ellas la han internalizado. “Una concepción de la moral y de la ética que las acusa, las señala, y las considera pecadoras y delincuentes: malas. No se trata de una concepción del mundo externa o ajena a ellas; es la concepción dominante y como tal han estado conformadas por ella. A partir de esta concepción, las prostitutas se asumen, toman conciencia de si mismas, de lo que son” (Lagarde 1990: 584). Por esa razón, en las entrevistadas se pueden observar conflictos de identidad: entre una identidad social marcada por el estigma de ser prostituta y una identidad personal que intenta oponerse a él.

Se entiende por “identidad social” la identificación con que aparece la persona en una interacción social, en base a su ocupación y a los atributos que socialmente se atribuyen a dicha actividad. En nuestra cultura, la división entre ocupaciones masculinas y femeninas y la asignación de atributos diferentes para una misma ocupación, según el género, conforman el marco de la identidad social. De ahí que la persona, sea hombre o mujer y cuál sea la actividad que desempeñe, adquiere una identidad valorada positivamente o bien una estigmatizada.

Goffman diferencia el concepto de “identidad social” con el de “identidad personal e identidad del yo”, señalando: “La identidad social y personal forman parte, ante todo de las expectativas y definiciones que tienen otras personas respecto del individuo cuya identidad se cuestiona (...). Por otra parte, la identidad del yo es, en primer lugar, una cuestión subjetiva,

reflexiva que necesariamente debe ser experimentada por el individuo (...). La idea de la identidad del yo nos permite considerar qué siente el individuo con relación al estigma y a su manejo.” (Goffman 1963: 126/127).

Pueden producirse contradicciones entre la “autoidentidad”, es decir, la que el individuo se atribuye a sí mismo y la que le confieren los otros: “el individuo estigmatizado se define a sí mismo como igual a cualquier otro ser humano, mientras que, al mismo tiempo, es definido por el mismo y por quienes lo rodean como un individuo marginal. Dada esta autocontradicción básica del individuo estigmatizado, resulta comprensible que realice grandes esfuerzos para encontrar una solución a su conflicto” (Goffman 1963: 129).

Una identidad social estigmatizada que se manifiesta por un tipo de vestimenta, de maquillaje y de comportamiento particular, como ocurre en el caso de una mujer ejerciendo el rol de prostituta, se evidencia en la mayor parte de las circunstancias sociales. Se manifiesta, especialmente, para la persona que la posee, quien llega a percibir a los demás de manera diferente en función del rol que está desempeñando. De hecho, la interacción social tiene una connotación negativa para la mujer cuando su identidad social, construida en relación a los otros, está dada por el ejercicio del rol de prostituta. “Desde el momento en que tú salís a la calle, estai en un paradero y no falta el que te queda mirando, entonces las miradas esas duelen. O sea que a uno la quedan mirando y uno sabe que dicen “mira la puta”, o que sé yo ... Eso duele harto, porque te miran así... por ejemplo, yo saliendo a otro lado (...), que yo sé que no ando trabajando, no siento ese...; ando más tranquila, porque yo sé que no me van a mirar como a una prostituta” N. (calle). Como puede verse, la entrevistada cuando no se está ejerciendo el rol de prostituta, tiende a asumir una identidad personal diferenciadora.

Goffman señala que en el caso de una persona con una identidad social estigmatizada, con frecuencia, tiende a disociarla de la identidad personal. Esta se refiere a los datos básicos que permite diferenciar a una persona, distinguirla del resto. Apela, por lo tanto, a la noción de unicidad. Esta identidad se ve reflejada en documentos en los cuales el nombre de la persona es un elemento clave de identidad. Este es el caso frecuente de la mujer prostituta que adquiere un nombre diferente, un pseudónimo, para su identidad social, resguardando su nombre real para emplearlo en aquellos contextos en los cuales su identidad personal no se ha visto contaminada por su identidad social de prostituta. A diferencia de las personas que no tienen una identidad social estigmatizada, y que son según su identidad social, la mujer prostituta intenta distanciar su identidad personal de su

identidad social. En diversos contextos cotidianos, ella pretende no ser lo que es según su identidad social.

La identidad social se construye basada en la valorización social que se concede a la ocupación que realiza. Esto determina que la identidad personal dependa, en gran medida, del tipo de actividad que ejerce y/o de los diplomas que la persona ha obtenido. Para resguardar la identidad personal del estigma de ser prostituta, la mujer, tiende a distanciar ambas identidades empleando una serie de recursos de encubrimientos, y aferrándose a una identidad personal focalizada en el ejercicio de roles valorados socialmente, como el de madre o bien de jefa de hogar. Esta dualidad se ilustra en los dos testimonios siguientes: “El 98 % de las mujeres del ambiente es madre (...). Y siempre somos el poste de la casa (...); somos el paño de lágrimas de todos los cercanos de la casa” **P. (topless)**. “La mujer del ambiente puede ser mejor dueña de casa que otra mujer, y es mucho más fiel y más apegada a sus hijos” **M. (“casa”)**.

Además de la estrategia de encubrimiento muy utilizada del cambio de nombre, también lo es la de inventar una historia lo más coherente posible sobre su ocupación. “Siempre digo el rubro de hotel porque trabajo de noche (...); tengo que saberles responder y mentir; mentir tanto... psicológicamente, tanta mentira te hace sentir mal” **P. (topless)**. “Ninguno de mis hijos sabe (...), porque yo nunca le he dado siquiera a demostrar algo, no, siempre me he protegido(...); yo digo que soy enfermera particular” **V. (topless)**. De esto se deduce que cuando existe estigma, la identidad personal y la social dividen espacialmente el mundo de la persona. Existe un contexto relacional en que **ella es** según su identidad personal; y existe otro en que **ella es** según su status social. Ambos yo es necesitan ser diferenciados para resguardar el yo personal del estigma. Por ello, es que para una mujer que ejerce la prostitución resulta fuertemente perturbador encontrarse en un espacio de prostitución con una persona con la que interactúa, desde su identidad personal no contaminada. “Cuando estoy trabajando siempre tengo miedo que pase algún conocido” **N. (calle)**.

Esta división espacial del mundo, según el tipo de identidad que se esté realizando, implica para el individuo que el control de la información sobre sí mismo tenga un valor especial en las relaciones. La persona realiza esfuerzos por ocultar esta actividad a toda la familia o a los miembros más significativos para ella. La tendencia es que la familia, el vecindario, las relaciones sociales ajenas a su actividad, conformen un mundo aparte, entregando un tipo de información sobre su vida y omitiendo otras. Necesita ocultar el yo estigmatizado a las personas significativas, porque el descubrimiento perjudica no solo la situación social presente como sucedería con extraños, sino

también las relaciones establecidas y significativas para el sujeto. Perjudica no sólo su presente sino también su futuro.

Sin embargo, a la vez, la persona puede encontrar en este mundo privado a alguien con quien compartir su mundo estigmatizado, y en este caso se crean fuertes lazos afectivos basados en el hecho de hacer partícipe de las estrategias de encubrimiento y manejo de la información. Dice una entrevistada: “al principio no se portó altiro amigo conmigo. Yo le conté, me escuchó, lo único que me pidió que me cuidara mucho (...); ella lo entendía y que si algún día ella me podía ayudar en algo ahí iba a estar (...), y hasta el día de hoy, fuera de ser mi hermana es mi mejor amiga” **P. (topless)**.

En todo caso, el individuo estigmatizado se caracteriza por cierta ambivalencia respecto de su yo, la que se evidencia en relación con las oscilaciones que tiene respecto a su grupo de pares. Goffman señala al respecto: “Dada la ambivalencia que crea en el individuo la pertenencia a su categoría estigmatizada, es lógico que aparezcan oscilaciones en el apoyo, en las identificaciones y en la participación que tiene entre sus pares. Existen “ciclos de afiliación” mediante los cuales llega a aceptar las oportunidades especiales para una participación endogrupal, o rechazarlas después de haberlas aceptados previamente”. (Goffman 1963: 52).

La mujer prostituta al pretender negar su identidad social, buscando sentirse integrada a la sociedad, se aleja de su grupo de pares. No obstante, las dificultades de integración y la necesidad de un grupo de pertenencia generan acercamientos. De ahí que la relación con el grupo de pares se da en un proceso de distanciamiento y acercamiento sucesivos. Debido a esto, las relaciones del individuo estigmatizado con las organizaciones a las que pertenece por su estigma son, pues, decisivas. Para ingresar a ellas, la persona debe aceptar su identidad social, haciéndola parte de su identidad personal; debe asumir socialmente el estigma, cuestionándolo, pero reivindicando al mismo tiempo el tipo de ocupación que está al origen. De este modo, la mujer que ejerce el comercio sexual, al formar parte de un movimiento reivindicacionista, debe aceptar públicamente y de alguna manera enorgullecerse de ser “trabajadora sexual”.

Esta relación contradictoria con el grupo de pares explicaría, a su vez, las grandes dificultades por formar movimientos de esta naturaleza. En la persona estigmatizada, entonces, la identidad del yo, de carácter subjetivo y reflexivo, referida al modo como experimenta su propia identidad, adquiere una connotación ambivalente. Esto se expresa en la mayoría de las

entrevistadas, quienes señalaron sentirse mejor como persona, desde que están en el “ambiente”, debido a la capacidad de mantener una casa, a haber adquirido mayor seguridad en sí misma, a sentirse libre, admirada (en los casos de bailarinas – topless), necesarias y útiles para la sociedad. “Antes de entrar al ambiente yo no sabía enfrentar los problemas (...). En el ambiente aprendí a enfrentar los problemas, a ganarme el pan(...). Somos psicólogas también (...); uno hace una buena labor (...), ayudamos al hombre escuchándolo” **N. (calle)**. “Hago lo que quiero, nadie me manda, trabajo cuando quiero” **G. (calle)**. “Aprendí a vivir, a adaptarme, te da seguridad” **M. (calle)**. “La música, bailar y más encima pagan... te halagan, te sientes bonita” **V. (topless)**.

Al mismo tiempo que señalan estas ventajas, manifiestan que quieren retirarse del “ambiente”. La mayoría, especialmente, las que practican la prostitución en la calle, expresan malestar por permanecer en el comercio sexual, pero se sienten atrapadas en éste por las dificultades de integración social después de haber vivido el estigma: “Es que lo malo de trabajar en el ambiente, al menos yo lo pienso así, es que uno no tiene oportunidades de tener otro trabajo, porque yo me pregunto si yo tuviera otro trabajo y me encuentro con una persona que me conoció en el ambiente, yo no sé si esa persona va a ser dañina conmigo, lo va a publicar o me lo va a gritar (...); y voy a perder el trabajo” **N. (calle)**.

Las dificultades de integración social se reafirman con una identidad del yo marcada por la ambivalencia. Al mismo tiempo de sentirse fuertes y capaces sienten culpa: “De ser malas (...), frente a la pureza de las esposas. Por eso también, su afán reparador: las prostitutas son muy religiosas, son devotas y creyentes. Tienen santos de su devoción que las cuidan e interceden por ellas para obtener el perdón divino, del que están ávidas” (Lagarde 1990: 585). Aunque en las entrevistas realizadas en Chile no se observó una devoción tan marcada, al indagar sobre la relación que tienen con la religión se develó una autoimagen de pecadora, construida en torno al estigma de prostituta, según se muestra en los siguientes testimonios. “Tengo el conflicto de que a mi no me gusta entrar a una iglesia, porque me siento pecadora (...), porque desde que tengo uso de razón la prostituta es una pecadora (...), pero eso sí que todos los días antes de salir me persigno con el fin que no me pase nada malo en la calle” **N. (calle)**

Considerando lo expuesto, cabe preguntarse el por qué de la adquisición de una identidad estigmatizada que genera tantas ambivalencias y dificultades para construir un yo integrado. ¿Cuáles son los elementos explicativos del ingreso a la prostitución de estas mujeres? ¿Por qué

permanecen en esta actividad y cuál es su visión de futuro? A través de las entrevistas se pudo observar que diversos grados de situaciones límites indujeron a estas mujeres a ingresar a la prostitución. En todos los casos estudiados, hubieron crisis familiares y situaciones de abandono que provocaron una situación económica insostenible. Necesitaban dinero para mantenerse y/o mantener a los hijos y no tenían experiencias laborales o económicas.

Todas las entrevistadas que ingresaron al comercio sexual callejero lo hicieron, a través de una amiga que ya estaba inserta, como se muestra en el siguiente testimonio. “A los 20 años, después que murió mi mamá, yo estaba viviendo en casa de mi tío y me echaban con mis hija (...), y una amiga me dijo que entrara al ambiente” **I (calle)**. En cambio, en la mayoría de los casos, las que ingresaron a locales de ejercicio encubierto de la prostitución, lo hicieron a través de avisos publicitarios en periódicos. “Teníamos muchas deudas y tomé un diario para buscar trabajo y decía se busca señorita \$ 7.000 diarios (...), era un sauna” **P.(topless)**.

Casi todas ellas tuvieron una reacción frente a la situación que estaban viviendo, la cual se expresó en sentimientos de miedo, vergüenza, asco, y ganas de llorar. Tres de ellas, sin embargo, experimentaron una reacción positiva, especialmente por el ánimo festivo y por lo reconfortante que puede ser para el ego ingresar a un topless como bailarina. Cuando se les preguntó cuáles eran para ellas las ventajas y desventajas para ellas del comercio sexual, todas señalaron que la principal ventaja es la económica, junto a un horario flexible, y también la ventaja de realizar un trabajo atractivo que les permite sentirse bien. **Una bailarina de topless señala:** “Me relajo, me gusta tontear (...), contar tallas (...); mi vida es mejor ahora (...), he conocido a miles de personas”

A pesar de estas ventajas, la identidad estigmatizada genera muchas ambivalencias. A la vez, que dicen sentirse mejor en su vida actual en el ambiente, surgen percepciones negativas respecto de su actividad. Se refieren, entonces, a la dificultad de encontrar otro trabajo porque “a una la pueden reconocer”; a los riesgos de detenciones por parte de la policía; a las enfermedades; a los peligros de violencia por parte de los “psicópatas”; el tener que mentirle a la familia, y en el caso de las mujeres de locales, se menciona como una gran desventaja el acostumbramiento al alcohol y el envejecimiento temprano. En este marco de percepciones contradictorias, la tendencia de la mayoría es a vivir el presente inmediato sin mayores proyecciones, ni visión de futuro. Una de las entrevistadas, sin embargo, ahorra dinero para instalar un taller de confecciones en su domicilio, y poder dejar el local topless donde trabaja. Además, cinco de las entrevistadas ahorran dinero para tener una vivienda. Las ambivalencias respecto a lo conveniente de esta actividad, se

agudizan después que ellas adquieren una identidad que en sí misma es contradictoria, en su valorización social: la de ser monitora de prevención de Sida por el hecho de ejercer la prostitución.

La adquisición de un diploma de monitora, reconocido por el Ministerio de Salud y el Instituto de la Mujer, significa para ellas un reconocimiento social de gran importancia. En el espacio del Instituto y del Ministerio, ellas pueden integrar su identidad social con su identidad personal, transformando estos espacios en lugares donde lo público y lo privado no entran en contradicción. Sin embargo, el convertirse en monitoras genera distancias con su grupo de pares. Ser monitora de un Programa de Prevención de Sida, genera en ellas un proceso de cuestionamiento de su actividad en el comercio sexual. Las hace sentirse valoradas socialmente, y la necesidad de valoración las lleva a buscar ejercer la labor de monitoras con otros grupos, a los cuales ellas podrían tener acceso a nivel poblacional. Desde allí, podrían intentar alejarse de su identidad estigmatizada para consolidar una identidad valorizada socialmente –ser monitora-, la cual las hace sentirse más integradas a la sociedad.

Julio del 2001

Bibliografía

- Lagarde, Marcela (1990), *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, colección posgrado, México D.F., 1990.
- Goffman, Erving (1963), *Estigma. La identidad deteriorada*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- Bernal, Sergio (1993), “La familia chilena actual ¿cuál familia?” en *Revista de familias y terapias*, Año N°2, Santiago.
- Florenzano, Ramón y colaboradores (1994), “Estrés familiar y conductas de riesgos”, en *Revista de familias y terapias*, Año 2 N°4, Santiago.
- Palma, Irma (1990), “Embarazo en adolescente. Daño psicosocial y proyecto de vida” en *Los jóvenes en Chile hoy*, Ed. Generación Compiladores, Santiago.
- Idem (1994), “Respuesta al Sida, propuestas a la sexualidad. Notas para una discusión” en *Sexualidad y reproducción. Hacia la construcción de derecho*, Ed. Corsaps y Flacso, Santiago.
- Vidal, Paulina et als. (1994), *Las miradas que duelen. Investigación cualitativa*, Instituto de la Mujer, (documento), Santiago.